

¿CUÁL ES TU TRABAJO PARA EL SEÑOR?

El Trabajo Más Precioso de Toda la Historia—José de Arimatea y el Cuerpo del Hijo de Dios

Estudio bíblico para la CDP de Casablanca—Bautistas Históricos

Basado en: Mateo 27:57-60 y Marcos 15:42-46 (RVR1960)

Autor: Pastor John M. Cobin, Ph.D. **Fecha:** 23 de julio de 2026

Estén atentos a la Palabra de Dios. Mateo 27:57—60—Cuando llegó la noche, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también había sido discípulo de Jesús. Este fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato mandó que se le diese el cuerpo. Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia, y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue.

Marcos 15:42—46—Cuando llegó la noche, porque era la preparación, es decir, la víspera del día de reposo, José de Arimatea, miembro noble del concilio, que también esperaba el reino de Dios, vino y entró osadamente a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús. Pilato se sorprendió de que ya hubiese muerto; y haciendo venir al centurión, le preguntó si ya estaba muerto. E, informado por el centurión, dio el cuerpo a José, el cual compró una sábana, y quitándolo, lo envolvió en la sábana, y lo puso en un sepulcro que estaba cavado en una peña, e hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro.

Pregunta central: “¿Cuál es tu trabajo para el Señor?” José de Arimatea guardó su riqueza, su posición y hasta su propio sepulcro nuevo para un solo momento de la historia—y quizás nunca supo, hasta esa tarde de viernes, para qué Dios lo había preparado.

Contexto histórico. José era miembro del Sanedrín, hombre rico (Mateo 27:57), bueno y justo, que no había consentido en el acuerdo ni en los hechos de los demás contra Jesús (Lucas 23:50-51). Era discípulo secreto por miedo a los judíos (Juan 19:38)—hasta ese día. La Ley de Dios exigía que ningún cuerpo colgado en un madero pasara la noche sin sepultura, pues el colgado era maldito (Deuteronomio 21:22-23), y además se acercaba el día de reposo. Sin ese entierro urgente, el cuerpo del Señor habría quedado expuesto toda la noche—o entregado a la fosa común de criminales, la costumbre romana con los crucificados. El griego de Marcos 15:43 dice que José ‘*tolmesas*’—habiendo cobrado valor— entró a Pilato. Ya no era secreto: pedir en persona el cadáver de un ajusticiado por sedición ante el gobernador romano era arriesgar su nombre, su puesto en el concilio y, quizás, su vida. Nicodemo lo acompañó, trayendo unas cien libras—unos treinta y tres kilos—de mirra y áloes (Juan 19:39), probablemente los ahorros de toda una vida, gastados en una sola tarde.

Un trabajo preparado desde antes, y hecho con las propias manos

A. El oficio preparado de antemano. José ya tenía labrado su nuevo sepulcro en la peña (Mateo 27:60), sin haberlo usado aún. Dios había estado guardando su riqueza, su posición en el concilio y hasta esa tumba vacía para este momento preciso—Efesios 2:10—“porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”. José nació, en cierto sentido, para esta tarde.

B. Un trabajo sucio, pero santo. Bajar un cuerpo azotado y crucificado, sacar los clavos, cargarlo, envolverlo en lienzos con especias—era trabajo físico, doloroso, ceremonialmente impuro, indigno de un hombre rico y respetado, que bien pudo mandar a un siervo a hacerlo. José lo hizo con sus propias manos. Al principio de la vida de Cristo, otra persona había manejado ese mismo cuerpo con sus propias manos—Lucas 2:7—“lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre”. María lo envolvió al nacer; José de Arimatea lo envolvió al morir. Los dos hicieron el trabajo más humilde imaginable—y ambos, privilegiados, tocaron con sus manos el cuerpo del Hijo de Dios.

C. ¿Qué habrá sentido José? Simeón y Ana solo vieron y sostuvieron al niño en el templo, y hablaron de él por el Espíritu (Lucas 2:25-38). José de Arimatea hizo más: tocó las heridas, contó los clavos, cerró los ojos del Cordero de Dios con sus propios dedos. ¿Fue más gozoso que Simeón y Ana, que solo lo vieron de lejos? Seguramente. ¿Más que María, que lo cargó durante nueve meses y lo crió durante treinta y tres años? Seguramente no. Pero quizás, en ese instante, ni siquiera pensó en el gozo—solo en la urgencia de honrar aquel cuerpo antes de que cayera la noche.

D. Tu trabajo, cualquiera que sea. Los doce huyeron esa tarde (Mateo 26:56); José, que ni siquiera era de los doce, se quedó y actuó. Dios reparte tareas distintas a cada uno de los suyos: a Pablo, sufrimiento apostólico; a Sansón, una fuerza usada a pesar de sus propias fallas, y aun así contado entre los fieles (Hebreos 11:32); a Marta, el servicio práctico en la cocina (Lucas 10:38-42); a Onesíforo, visitar a Pablo preso sin avergonzarse de sus cadenas (2 Timoteo 1:16-17); a Epafras, arriesgar la vida llevándole ofrendas (Filipenses 2:25-30). Ninguno de ellos hizo lo mismo. Todos hicieron lo suyo—para el Señor. Colosenses 3:23-24—“todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres... a Cristo el Señor servís”.

E. Riquezas para bendecir, no para atesorar. José usó su fortuna—el sepulcro comprado, quizás la sábana fina, quizás parte de la mirra—no para acumular más, sino para honrar a Cristo en el momento que Dios había señalado. La meta de la vida no es hacerse rico, sino usar las riquezas que Dios da para bendecirlo a Él y ser rico en fe y en buenas obras (1 Timoteo 6:17-19). Eso exige un cambio de corazón y de mente—dejar de pensar como el mundo (Romanos 12:2) y, en su lugar: (1) venir a Cristo; (2) servirle como Él quiera, por humilde que parezca la tarea; (3) perseverar en lo importante hasta el final.

Malas noticias: Muchos despreciamos el trabajo humilde que Dios nos asigna y, en cambio, buscamos reconocimiento, comodidad o una tarea que se perciba como más ‘importante’. Los doce discípulos, que habían caminado tres años con Cristo, huyeron esa tarde (Mateo 26:56); el corazón que menosprecia el llamado del Señor—por sucio, pequeño o peligroso que parezca—es un corazón que aún no ha entendido a quién sirve.

Buenas noticias: Dios ya preparó de antemano el trabajo específico para cada uno de los suyos (Efesios 2:10), y ninguna tarea hecha para Cristo es insignificante, sin importar cuán humilde o difícil parezca (Colosenses 3:23-24). Cristo mismo se hizo siervo, tomando la forma de esclavo (Filipenses 2:7), para que ningún trabajo hecho en su nombre quedara jamás por debajo de Él.

Llamado al arrepentimiento y a la fe: Si nunca has venido a Cristo, ningún trabajo, riqueza ni posición te vale de nada delante de Dios sin Él. José de Arimatea era rico y respetado—y aun así necesitaba al Salvador crucificado. Vuélvete hoy de tus pecados y confía en Jesucristo; Él te recibirá.

Aliento para perseverar: Hermano, tu trabajo—en la celda, en el patio, en la fila del comedor, en la carta que escribes a tu familia—está bajo el plan soberano de Dios, tal como lo estuvo el sepulcro vacío de José, mucho antes de que él supiera para qué lo guardaban. Dios cumplirá su propósito en ti (Salmo 138:8). Persevera; tu momento señalado puede estar más cerca de lo que crees.

Oración para esta noche

Señor Jesús: gracias porque, igual que a José de Arimatea, me has preparado un trabajo para hacer en tu nombre, por humilde o difícil que parezca. Dame valor para servirte sin importar el costo ni la opinión de los demás. Aun en esta cárcel, cumple tu propósito en mí; enséñame a usar lo que tengo—mi tiempo, mis manos, lo poco o mucho que poseo—para tu gloria, y no para mí mismo. En tu nombre precioso, amén.

Tarea: complete los espacios en blanco

1. José era de Arimatea y era hombre _____ (Mateo 27:57).
2. Era miembro del concilio, pero era _____ y _____, y no había consentido en el acuerdo contra Jesús (Lucas 23:50-51).
3. Según Marcos 15:43, José entró _____ a Pilato para pedir el cuerpo de Jesús.
4. La Ley de Dios exigía que el cuerpo no pasara la _____ colgado en el madero (Deuteronomio 21:22-23).
5. Nicodemo trajo un compuesto de mirra y áloes, como cien _____, para preparar el cuerpo de Jesús (Juan 19:39).

Consideren todo el consejo de Dios (Hechos 20:27) sobre este tema. Textos de apoyo: Mateo 26:56; 27:57-60; Marcos 15:42-46; Lucas 2:7, 25-38; 10:38-42; 23:50-53; Juan 19:38-42; Deuteronomio 21:22-23; Efesios 2:10; Filipenses 2:7, 25-30; Colosenses 3:23-24; 1 Timoteo 6:17-19; 2 Timoteo 1:16-17; Hebreos 11:32; Salmo 138:8; Romanos 12:2.